

El paisaje y el destino de los pueblos

Geografía, recursos y cultura en la historia humana

J. M. Ciampagna y facilitación de la IA

Antes de las ideas, antes de la política y antes incluso de la historia escrita, los pueblos habitan un paisaje. Montañas, mares, ríos, desiertos o llanuras constituyen el escenario inicial donde las sociedades comienzan a organizar su vida. Ese entorno no determina completamente su destino, pero sí establece un conjunto de posibilidades y límites que influyen profundamente en su desarrollo.

Desde hace siglos, pensadores e historiadores han intentado comprender esta relación. Montesquieu, en el siglo XVIII, observó que el mismo Mediterráneo que bañó a griegos y persas parecía haber moldeado sus instituciones de maneras distintas: el clima, argumentaba, influye en el carácter y en las leyes. Más tarde, Fernand Braudel propuso una imagen que todavía impresiona: la geografía es la “historia lenta”, ese fondo casi inmóvil sobre el que se mueven las guerras y los reyes. El mar sigue siendo el mismo mar cuando los imperios han caído.

En tiempos recientes, Jared Diamond retomó esta intuición en *Guns, Germs, and Steel* y la llevó más lejos: las diferencias históricas entre civilizaciones no se explican por superioridad biológica ni cultural, sino por la desigual distribución de recursos, animales domesticables y ejes geográficos que ofrecieron ventajas distintas a cada pueblo.

La geografía, en otras palabras, reparte las cartas iniciales.

Sin embargo, esto no significa que el paisaje dicte el destino de los pueblos. Las sociedades humanas transforman su entorno mediante el conocimiento, la tecnología y las instituciones. Pero incluso así, el territorio continúa ejerciendo una influencia silenciosa y persistente.

Las islas generan simultáneamente aislamiento y apertura. El mar delimita el territorio y refuerza la identidad local, pero al mismo tiempo facilita el comercio y la navegación. Los valles rodeados de montañas favorecen comunidades cerradas donde las tradiciones se preservan durante siglos. En las grandes llanuras, el horizonte abierto invita al movimiento: allí suelen surgir culturas de la movilidad, el pastoreo y la expansión.

Cada paisaje propone un modo de vida.

Pero la geografía no solo moldea a través del relieve. También determina la disponibilidad de recursos, que han sido decisivos en la historia de las sociedades. Las tierras fértiles favorecieron el desarrollo de la agricultura y de las primeras civilizaciones urbanas. Las regiones ricas en minerales o energía adquirieron una importancia estratégica en distintos momentos históricos.

El carbón fue motor de la revolución industrial europea. Más tarde, el petróleo se convirtió en el recurso cardinal de la economía moderna. En el mundo contemporáneo, gran parte de la política internacional gira en torno al acceso y al control de fuentes de energía.

Pero entre todos los factores geográficos, el clima tal vez sea el más profundo en sus consecuencias culturales. Las civilizaciones que crecieron en las grandes latitudes —el norte de Europa, las regiones donde el invierno no perdona— aprendieron por necesidad una lección que el trópico no enseña de la misma manera: hay que prever, hay que guardar, hay que cooperar. La nieve llega con fecha, el río se congela, la cosecha dura lo que dura.

Las culturas que sobrevivieron en esas condiciones desarrollaron hábitos de planificación, ahorro y trabajo colectivo que más tarde se convirtieron en instituciones. Lo que parecía virtud moral era, en parte, respuesta geográfica. El clima no creó el Estado de bienestar escandinavo ni la ética protestante del trabajo, pero sí creó las condiciones materiales donde esas formas de organización tenían sentido. El frío, en cierta medida, enseñó a los pueblos a confiar unos en otros.

Hoy emergen nuevos recursos estratégicos que reconfiguran los equilibrios de poder. El agua dulce, durante siglos tratada como un bien común e inagotable, se convierte en el recurso más disputado del siglo XXI. Glaciares que retroceden, acuíferos sobreexplotados y ríos compartidos entre naciones son, cada vez más, fuentes de tensión geopolítica. Y junto al agua, aparece el litio. Los grandes salares de la Puna argentina, boliviana y chilena —el llamado “triángulo del litio”— concentran más de la mitad de las reservas mundiales de este mineral indispensable para las baterías que alimentan la transición energética global. Una vez más, el paisaje árido y silencioso de la alta montaña sudamericana se revela como escenario de una nueva disputa por los recursos del futuro.

La tecnología permite transformar el territorio y aprovechar los recursos de maneras que antes eran impensables. Sistemas de irrigación, redes de transporte, nuevas técnicas agrícolas o innovaciones energéticas modifican profundamente la relación entre las sociedades y su entorno.

La historia puede entenderse, en este sentido, como una interacción permanente entre geografía y conocimiento.

Pero la geografía también se convierte en poder. El territorio, los recursos estratégicos y las rutas comerciales han sido causas recurrentes de conflictos entre Estados. Conflictos como la guerra entre Rusia y Ucrania, o las tensiones entre Irán e Israel, a las que se suman varios países del mundo árabe, Venezuela en América Latina, no pueden comprenderse completamente sin considerar el territorio, la posición estratégica o los recursos energéticos involucrados. A estos factores se suman, por supuesto, cuestiones ideológicas, históricas y culturales que complican aún más el escenario.

El territorio no es solamente paisaje: es poder.

Pero el poder no agota el significado del territorio. Más allá de la economía y la geopolítica, el paisaje termina influyendo en algo más profundo y menos visible: la identidad cultural de los pueblos. El mismo territorio que se disputa en los campos de batalla se convierte, en la memoria colectiva, en símbolo, en mito, en canción.

Las sociedades incorporan su entorno natural a su imaginario colectivo. El mar en las civilizaciones mediterráneas, el desierto en las culturas árabes, las montañas en las regiones alpinas. En Argentina, la llanura pampeana no es solamente un espacio geográfico: es una presencia constante en la literatura, en la poesía gauchesca y en la construcción de una identidad vinculada con el campo.

El paisaje no desaparece cuando una civilización crece: se vuelve raíz.

Las montañas enseñan paciencia, los mares enseñan apertura, las llanuras enseñan movimiento. La geografía no determina completamente lo que somos, pero deja marcas profundas en nuestra forma de vivir, de trabajar y de imaginar el mundo.

Sin embargo, ese paisaje que durante milenios pareció eterno está cambiando. El calentamiento global no es solamente un problema ambiental: es una amenaza para la memoria de los pueblos. Los glaciares que alimentaron civilizaciones andinas durante siglos se retiran año a año. Las costas que dieron forma a culturas enteras son engullidas por el mar. El desierto avanza sobre tierras que durante generaciones fueron fértiles. Cuando el paisaje desaparece o se transforma radicalmente, algo de la identidad de los pueblos que lo habitaron también se pierde. El cambio climático es, entre otras cosas, una crisis cultural.

En una época marcada por la urbanización, la tecnología y la globalización, podría parecer que la relación entre los pueblos y su paisaje original se ha debilitado. Las ciudades y las redes digitales parecen alejarnos de la naturaleza que dio origen a nuestras culturas. Sin embargo, como hemos visto, la geografía continúa actuando silenciosamente.

Esta pregunta tiene una dimensión particular para los países que, como la Argentina, habitan una geografía extraordinaria, pero gobiernan desde un punto central. Nuestro territorio encierra algunos de los recursos más estratégicos del siglo que comienza: el litio de la Puna, los glaciares patagónicos que alimentan cuencas enteras, el Acuífero Guaraní, la Antártida, las tierras más fértiles del hemisferio sur. Y sin embargo, la dirigencia política ha tendido históricamente a pensar el país desde Buenos Aires hacia afuera, como

si el interior fuera un fondo de escenario y no el verdadero protagonista de cualquier proyecto de desarrollo nacional.

El riesgo no es menor. En un mundo donde la geografía vuelve a ser determinante —donde las potencias pelean por minerales, agua y rutas—, un país que no conoce ni administra su propio territorio llega tarde a todas las conversaciones importantes. La distancia de Buenos Aires a la Puna, a la Patagonia, al Chaco o a la Mesopotamia no es solo geográfica: es también conceptual, política y cultural.

Quizás la pregunta que le falta hacerse a la Argentina no sea cómo insertarse en el mundo, sino algo más anterior y urgente: ¿cuánto conocemos, de verdad, la tierra que habitamos?

Cada civilización lleva en su memoria la huella del territorio donde nació.

Y cuando los pueblos olvidan su geografía, muchas veces olvidan también una parte de sí mismos.